

En el embalse de Bolarque otra vez.

“... y duele lo que se ama”.

Juan José Fernández Delgado

I

Y he vuelto de nuevo a la presa de Bolarque porque me duele el Tajo. Me duele su estrangulamiento, su lenta muerte de sed y asfixia; su inocencia traicionada en el ancho y hondo del pantano. Me duele su inocencia rebosante de ingenuidad y de alegría juvenil. Sí, me duele su inocencia serrana, ganada entre la fronda de los pinares y el olor honrado de la jara y del tomillo; y su color esmeralda hecho del verde del pino verde y del verde botella del olivar. Porque, distendido, descuidado y confiado transita hasta el sobresalto de Entrepeñas, pero regresa a su generosidad innata y trota hasta la celada insidiosa de Bolarque, ya sin remisión posible. Y en el muro de la presa me duelo también con el Guadiela, que hasta allí acude, hecho todo generosidad, a entregar hasta su nombre al río *cabdal*; y allí mismo muere sin apenas haber terminado su heroico acto de “bien morir”. Y me duelo por las vidas interiores y ajenas que alimentaba: por las ágiles truchas de Peralejos, en el curso alto; por la boga y el popular barbo común, y por la carpa y el lucio con boca de pato...

II

El cielo estaba empedrado la mañana del sábado y por la hora temprana corría un fresco considerable, de modo que los excursionistas se frotaban las manos o sacaban la ropa de apoyo que llevaban escondida en las respectivas mochilas y se la echaban por los hombros mientras esperaban al autobús. Y el autobús llegó tan puntual como deseado al Centro Cultural (o lo que sea) de San Ildefonso, que se convierte con frecuencia en lugar de cita para iniciar excursiones, paseos o caminatas por los alrededores de la ciudad. Cuando llegué al lugar de la salida, encontré a un hombre que, a buen creer, se podía considerar uno más de los compañeros de viaje a Bolarque. Y me habló y le hablé. Era Julen, integrado en el Grupo Tolmo desde su fundación, que esperaba a unos amigos para echar la mañana por los campos de la Sisla, y que “el otoño ya enseña sus orejones”, dijo. También me habló de sus aficiones al teatro, y precisó que un año representaron en *el Rojas el Auto de las plantas*, de Calderón de la Barca... Y le dije que íbamos a Bolarque.

-¡Ah, Bolarque! Ahí es donde roban el agua y el nombre al Tajo –dijo-, y eso me duele.

Y ya engullidos por el autobús, la emprendimos hasta el Polígono, Polígono Industrial de Descongestión de Madrid -así bautizado en los sesenta-, para recoger a otros excursionistas, y el *mercadillo* de todos los sábados nos recibió abierto en toda su extensión, pero muy poco concurrido a esas horas. Y sin más dilación, buscamos las cercanías de Aranjuez. Hasta Ocaña, los campos se sucedían resignados al olvido de las lluvias, y, bien alomados, bien planos, se estiraban muelles y desmenuzados para solaz de los conejos por el cruce de Villasequilla. Hojas de maíz, un frondoso olivar perfectamente uniformado; una viña y la vía del tren emparedada por el palio del ténder y el pedregal del balasto. Un regato de yerba verde esconde un canal que espera, quizá, el agua del Algodor. Añover vigila la Sagra toda desde su puesto de centinela y un enorme viñedo aparece en el cruce y busca las bodegas de Yepes. Los pabellones tristes de la penitenciaría... °

La salida 47 en dirección a Madrid nos trae la primera parada con el puñal desnudo.

Caminamos un kilómetro para ver una tremenda aberración que contradice el predicamento geográfico e histórico tradicional, pues aprendimos en la escuela, ¡y en tiempos de Franco!, que el Jarama, limpio y obediente, tributaba al “padre Tajo” por la derecha, lo que era una verdad incuestionable por tangible y visible. Sin embargo...

Por una senda estirada entre hojas de maíz emparedadas, a su vez, por matas de cadillos y recordados sabores de palodux, llegamos al espeluznante espectáculo que destroza aquella verdad aprendida en la escuela infantil. De pronto, aparece una lengua de agua, ancha, muy ancha y putrefacta y voraz y de color ceniza. Es el Jarama que, si antaño acudía limpio y fértil a tributar a su señor, después de haber recriado aquellos toros-toros de renombre *jarameños*, aparece con cara de pocos amigos, pues llega cargado con toda la inmundicia madrileña, más infecciosos residuos industriales de los alrededores y los arrastres del Manzanares. Por la izquierda de la lengua voraz, aparece un hilo de agua, ya curtido en cien cruentas batallas – Entrepeñas y los ecos de Buendía, Bolarque, las extracciones de grava y excavaciones abiertas en su cauce por desaprensivos constructores, las esclusas y canalillos para regar las huertas de Aranjuez y sus regios jardines-, y, aunque muy diezmado en su caudal, alegre por haber burlado tanta acechanza humana. Mas, de pronto, el hilillo se encuentra con esa masa cenicienta parapetada en su recorrido -el recorrido de siempre-, e intenta esquivarla, y corren paralelos más de doscientos metros, con sus distintos colores y sabores sobre sus respectivas espaldas: el color zarco y verdoso del hilillo-Tajo no quiere cuentas ni junterías con la riada putrefacta, pero un recodo se impone en el curso de la corriente y se pierden las amistades, pues el Jarama, despiadado y avasallador, se traga al despavorido hilillo de agua para siempre, y con él, el eco de su nombre.

De estas atrocidades cometidas contra el Tajo, de lo que fueron estas riberas en tiempos no tan lejanos, pues se pueden tocar con la finta de la infancia y de la primera juventud, y de lo que son en estas horas ecológicas menguadas, nos habló el representante de la Asamblea para la Defensa del Río Tajo de Aranjuez, que atiende por el significativo nombre de Melquiades. “A ver, ¿dónde está la pesca tan abundante de entonces, y las garzas, y las cigüeñas a cientos, y el ruiseñor bastardo que por estos campos se solazaban?, se preguntaba sin preguntarse. Por estas arboledas de la ribera había colonias de pájaros que venían a dormir, y armaban una tremenda algarabía hasta que cogían el sueño. Se veía el milano negro, la paloma bravía, la garcilla bueyera, ¡el comorán!”. Recordó también Melquiades una cita de Lupercio Leonardo de Argensola para ensalzar aquellos tiempos en que aquí mismo “el Tajo al Jarama su nombre roba(ba)”, porque ahora..., puntualiza. Luego, completa la cita del humanista escritor *mañico*:

“Hay un lugar en la mitad de España
donde el Tajo al Jarama el nombre quita,
y con sus ondas de cristal lo baña”.

Y Melquiades se dolía con todo este atropello, “porque duele lo que se ama”.

Y con el puñal clavado, buscamos el autobús que, por el camino del cementerio de Santa Isabel, nos llevó a repostar a la estación del tren.

¡Qué emocionantes son las estaciones de tren! ¡Qué presto aparece la nostalgia en cualquiera de ellas!, me refiero a las antiguas, a las de renombre y solera: Venta de Baños, Miranda de Ebro, Plasencia-Empalme, que tanto sabe de reclutas y de soldados de reemplazo. Todas conservan aún el olor del carbón impregnado en las taquillas, en la barra de la cafetería, y más de la cantina, en los letreros informadores: llegadas, sala de espera, salidas. Horarios. Destino... La estación de tren de Aranjuez es prototipo de lo que digo: sus puertas batientes, sus adornos, los letreros y el humor del cantinero mayor reflejado en dos elocuentes anuncios

escritos en sendos pizarrines. Uno de ellos, gastronómico, pues las ofertas culinarias servidas en la misma barra llevan por nombre el oficio de los trabajos ferroviarios. Así, hay bocadillos, tapas y raciones bautizados como “ferroviario”, revuelto de ternera, huevo y cebolla frita; “maquinista” es pepita de ternera; “mozo de equipajes”, “guardabarreras”, “obrero de primera”, “guardaguas”, “interventor”, “capataz”, “escopetero”, que es un buen plato de pisto, y no tiene por qué ser manchego; “mozo de enganche”, etc., son otras tantas delicias nombradas con esos sonoros oficios ferroviarios. El otro pizarrín informativo tiene carácter de recadero, pues se refiere a las relaciones “públicas” entre él y ella, principalmente, entre cónyuges mal avenidos. Está dirigido al personal masculino. Así, muy elocuente, deja leer: “¡¡¡Aviso del Bar!!! (Sí, con tres banderillas). Si alguna novia o mujer llama y pregunta por usted: Nuestras tarifas son: Se acaba de ir, 5 Euros. Está de camino, 7 Euros. No, aquí no está, 9 Euros. No lo conocemos, 15 Euritos”. Así de explícito y sin comentarios.

Y después de dar cuenta de algunos dulces, nos volvió a engullir el estómago del autobús, y ya no se detuvo hasta encontrar el canal del trasvase, que unas veces se convierte en acueducto, otras en túnel enterrado y otras, como ahora, en la transición entre las provincias de Guadalajara y Cuenca, se ofrece a cara descubierta. Y ahí está, con su forma invertida de artesón mudéjar de cuatro metros de hondo y seis, seis metros de boca insaciable, esperando que se recupere la cabecera del Tajo para volver a llenarse con agua robada. Tres o cuatro kilómetros después, se divisa entre pinares la dulce planicie del embalse de la Bujeda, pero el autobús ya no se detuvo hasta dar con el conjunto de Bolarque: hacendosos molinos harineros del siglo XII, que aún enseñan sus venerables vestigios; las distintas centrales, las dos presas de contención, las dos enormes tuberías –gusanos anillados-, de mil metros que succionan la vida del Tajo y trepan, huidizas, por una empinada montaña dividida en tres tramos para llenar con lo robado el embalse de la Bujeda; las casas de los ingenieros y de los trabajadores de la presa, y el Museo-Bolarque sobre la historia de la energía eléctrica, que se inaugura el 23 de septiembre pero que tuvimos la oportunidad de ver. Y Alejandro, Alejandro Cano, presidente y alma de la Plataforma en Defensa del Tajo en Toledo, nos ilustró “in situ” de todo ello: de la ininterrumpida actividad de los seis molinos, seis, pues seis son los cárcavos que aún se distinguen entre las ruinas; de las etapas de construcción del embalse, de la central eléctrica reversible...

-“Es aquella –dijo señalando el margen izquierdo de la presa de Bolarque-. Cumple una doble finalidad: elevar el agua para nutrir el trasvase Tajo-Segura y producir energía eléctrica para incorporarla a la red nacional. Su aprovechamiento se basa en la utilización de turbinas reversibles, por lo que puede funcionar como turbina o como bomba. Esta central toma agua del embalse de Bolarque y la eleva hasta el embalse artificial de la Bujeda, desde donde se trasvasa, y se dice que el agua es trasvasado, o regresa a su lugar de origen y, entonces, es turbinado. Y cuando la demanda de energía es mayor -en las horas punta-, la central funciona como una central convencional, deja saltar el agua desde el embalse superior generando corriente eléctrica. Y el proceso se invierte cuando la demanda energética es menor (horas valle). El agua es bombeada hasta el embalse artificial de la Bujeda, donde se inicia el ciclo productivo nuevamente.

-Y por eso se llama central reversible –apunta un excursionista.

Habló también Alejandro de varias incongruencias y sinsentidos que aún persisten para mantener el trasvase, del desastre ecológico y natural que el trasvase supone para la región y para el mismo río, y para su fauna y su flora. “El Tajo es una pura agonía. Es un río muerto, no tiene el caudal adecuado. Mirad –y señalaba al riachuelo que dejan libre por ordenanza legal, y es lo que llega a Aranjuez, puro y limpio-. No tiene limpieza, ni su vegetación propia, ni sus peces característicos, porque casi todos han desaparecido, excepto en barbo. Ni siquiera los

pájaros de sus riberas son los propios del río”, decía Alejandro doliéndose.

-Sí, Juan, porque duele lo que se ama.

III

El conjunto de Bolarque es, en verdad, un lugar prodigioso, una delicia para los ojos y una puñalada al corazón sensible: un enorme valle verde y realzado por árboles entre los que abundan los pinos, enmarcado, a su vez, por pronunciadas montañas sobre las que vuelan varias parejas de buitres; un riachuelo zarco y límpido que se desliza entre juncales, matas de juncia y escobeñas; también sobre el cauce encharcado, empedrados de nenúfares y hojas de plátanos navegantes, y casas cómodas que fueron de ingenieros y capataces y pabellones amplios. Un puente como de juguete cruza el riachuelo huidizo y numerosos paneles informan de la historia del recinto y de las rutas que se pueden hacer de manera cómoda. Y el flamante Museo-Bolarque, que instalado en la antigua casa de máquinas, se presenta como “un espacio para entender la energía”, que se inaugura muy pronto.

Mirando hacia lo alto, al norte, se ve un paredón de rojo ladrillo que contrasta con la piedra sólida del caserío, y el puentecillo y un camino trepador nos invitan a buscarlo, a buscar el dique. Desde el puente, se ven peces, y tortugas, y algún cangrejo... El camino nos enseña la complejidad de los edificios (centrales) construidos en medio del enorme cauce y, desde un recodo convertido en mirador, aparecen dos enormes tuberías –gigantescos gusanos anillados– que, partiendo del fondo del embalse, trepan por la primera montaña, al final de la cual, se comban y desaparecen; desaparecen, sí, mas para empalmar con otra segunda montaña que parece siamesa de la primera. Y aún hay una tercera colina, con la misma enjundia que las dos anteriores, por las que gatean las tuberías para derramarse en el hueco del embalse artificial de la Bujeda. Desde allí, el agua se canaliza y llega, asustada, a Alicante, a Murcia y a los invernaderos de Almería. Y el agua va *asustada*, desnortada, porque desconoce ese cauce y esa dirección, agusanado, primero y, luego, voladizo en los acueductos, enterrado en túneles y emparedado entre el cemento a ojos vista. Y va *desnortada* porque ese cauce extraño busca otros derroteros, otros destinos ajenos a la mar, y con ellos se rompe la implacable ley humana predicada por el poeta manriqueño: “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar”.

Desde la altura de la presa, elevada unos metros más en los años setenta sobre el dique de contención... ¡Qué impresionante y sorprendente espectáculo hecho y gobernado por el hombre y por la naturaleza dominada, sometida! Ya se muestra enorme la primera presa de ladrillo inaugurada por Alfonso XIII en 1910, que ahora desempeña funciones... secundarias. Centrales hidráulicas I y II y la Central reversible, deflectores, turbinas de agua reversible... Todo en medio de ese cauce seco a conveniencia, y enormes postes disparatados y sarmentosos y cables de distinto grosor que cruzan el valle y desaparecen; las dos tripudas tuberías estiradas en mil metros, mil, de manera insolente... También se ven cicatrices en lo alto de las montañas que sirvieron de cantera... El canalillo de agua que corre suelto, asustado y huidizo en busca de las huertas y regios jardines de Aranjuez, pero también gobernado por el capricho humano... Y la gran presa, la que aprisiona la vida del Tajo y del Guadiela.Cuál no será su resistencia para que todo ese invento no se vaya al carajo... Eso no importa sino como signo dominador, doblegador del hombre sobre la naturaleza.

Importa ahora mucho más lo doblegado, porque es lo que conmueve; lo que duele porque es lo que se ama. Aquí, a la derecha, doblando el codo de una loma y casi tocándolo con la mano, aparece despavorido el Guadiela, sorprendido y aprisionado en su alegre ingenuidad. Busca una salida, como en Buendía, pero no hay lugar. Allá, al fondo, entre el cañón de dos

montañas, acude el Tajo recuperado del susto de Entrepeñas en busca de su cauce natural. Ha regresado a su cotidiana belleza y tranquilidad y, de improviso y de manera acechante, surge la celada... Se oyen los gritos de dolor y miedo de los dos ríos por la traición sufrida y se hacen una misma voz que clama y gime: desde lo alto, ríen las tuberías; y más, mucho más altos, todo lo ven unas parejas de buitres, también doloridos por el tremendo espectáculo que presencian...

IV

Ante el dolor y la resignación de no poder continuar su destino de dar en la mar, el agua estancada hace un enorme gesto de valor: si no puedo abrazar a Toledo ni besar a Lisboa, quiero regresar a mis altos de Albarracín. Y Ahí está el heroico y supremo esfuerzo del agua traicionada escrito para siempre en la inmensa planicie limpia y zarca del embalse que, ayudada por la brisa, se riza y quiere darse la vuela, regresarse a los remansos de paz de su nacimiento. Pero, ¡ay!, no ha lugar. ¡Por eso duele!